

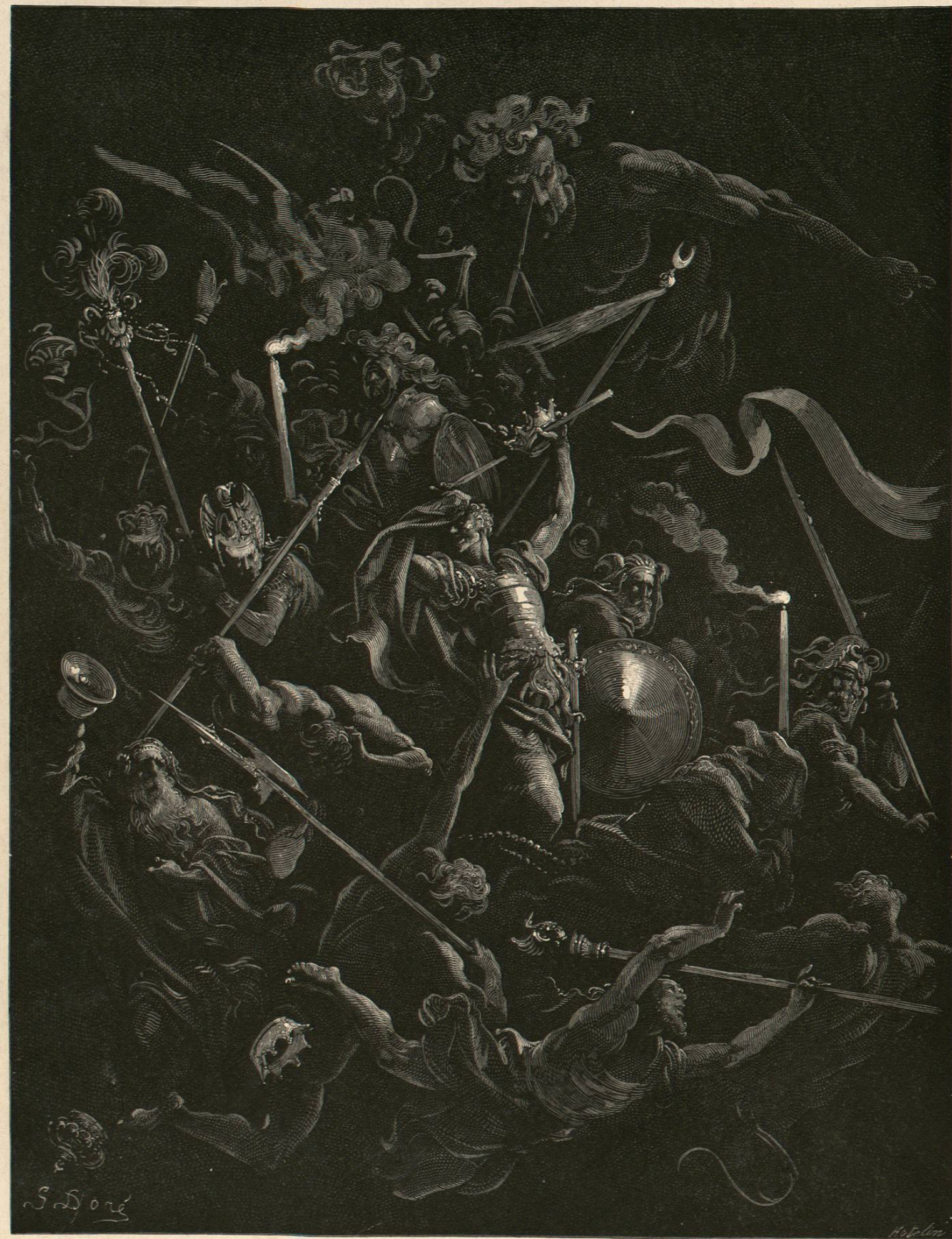
que envolviendo los orbes luminosos inferiores, los separa del Cáos y del dominio de la antigua Noche. De léjos pareciale un globo aquella convexidad; de cerca un continente sin limites, sombrío, estéril y salvaje, triste como una noche sin estrellas, y expuesto á las tempestades siempre amenazadoras del Cáos, que muge á su alrededor: cielo inclemente, excepto por la parte de los muros del Empireo, que aunque lejanos, reflejaban un destello de claridad en medio de las tinieblas procelosas.

Recorria el Enemigo á pasos agigantados aquel anchuroso campo, semejante al buitre que nacido en el Imaus <sup>1</sup>, cuya nevada cima cubre el Tártaro vagabundo, abandona la region falta de caza para cebarse en la carne de los corderos ó cabritillos que pastan en las colinas, y dirige despues su vuelo hácia las corrientes del Ganges ó el Hydaspe, rios de la India, bajando de paso á las áridas llanuras de Sericana, por donde á favor de la brisa y de las velas, caminan los chinos en sus ligeros esquifes de caña. Marchaba asi el Enemigo por aquel mar de tierra que azotaba el viento, buscando por todas partes su presa; marchaba solo, porque en aquel lugar no se encontraba aún ningun sér vivo ni muerto; pero más tarde, cuando malogró el pecado las obras de los hombres, subieron allí desde la tierra, como un vapor aéreo, las vanidades de los mortales, las almas de los que cifran en ellas sus quiméricas esperanzas de gloria, de fama duradera ó de felicidad, asi en esta como en la otra vida. Todos aquellos que en la tierra aspiran al fruto de una lastimosa supersticion ó de un desmedido celo, y no ambicionan más que las alabanzas de los hombres, encuentran allí recompensa proporcionada á sus merecimientos, vana como sus obras. Todos los séres imperfectos, verdaderos abortos y mónstros, que salen extrañamente amalgamados de manos de la naturaleza, se refugian en aquella region desde la tierra, en que se evaporan, y vagan inútilmente por ella hasta la disolucion del mundo; y no residen en la vecina luna, como algunos han soñado <sup>2</sup>; pues los argentados campos de este astro sirven más bien de morada á otras almas justas, á espíritus que participan á la vez de la naturaleza angélica y humana.

Desde el antiguo mundo fueron trasladados al principio á aquellas tristes regiones los hijos de fermentidos enlaces: los gigantes que llevaron á cabo inútiles proezas, entónces muy celebradas; posteriormente los que edificaron á Babel en

(1) Montañas del Himalaya.

(2) Alusion al Ariosto, en su *Orlando Furioso*. La ficcion, en efecto, es más propia de un poema caballeresco, que de uno verdaderamente épico.



REVOLOTEA TODO ELLO POR LOS ESPACIOS ILIMITADOS.

la llanura de Sennaar, que sin desistir de su frustrado intento, seguirían construyendo nuevas torres, si tuviesen medios con que efectuarlo. Uno tras otro llegaron luego muchos más, entre ellos Empédocles, que para ser tenido por Dios, se lanzó voluntariamente á los abismos del Etna; y Cleombroto <sup>1</sup>, que para gozar del Eliseo de Platon, se sumergió en el mar. Empeño interminable sería mencionar á otros, hipócritas ó dementes, anacoretas y frailes blancos, negros y grises <sup>2</sup>, con todos sus embelecós. Por allí vagabundeán los peregrinos que tan largo viaje arriesgaron buscando muerto en el Gólgota al que vive en el cielo; y los que para ganar el Paraiso, visten al morir el hábito franciscano ó dominico, imaginando que este disfraz les allanará la entrada. Cruzan todos ellos los siete planetas, las estrellas fijas, la esfera cristalina, cuyo balanceo produce la trepidacion, objeto de tantas controversias, y la esfera que se puso en movimiento ántes que ninguna otra <sup>3</sup>. En la puerta del cielo, parece aguardarles San Pedro con sus llaves: tocan ya en el umbral; y cuando levantan el pié para penetrar en él, á impulsos de un furioso viento que en encontradas direcciones los combate, son lanzados á diez mil leguas de distancia en la inmensidad del aire. ¡Qué de cogullas, tocas y hábitos se ven entónces revueltos y despedazados como los que con ellos se cubren, y qué de reliquias, escapularios, indulgencias, dispensas, bulas y absoluciones, que vienen á ser ludibrio de los vientos! Revolotea todo ello por los espacios ilimitados, sobre el mundo, y en el vastísimo limbo llamado despues *Paraiso de los locos*, que si andando el tiempo fué de pocos desconocido, hallábase despoblado entónces, y nadie penetraba en él.

Encontró á su paso el infernal Enemigo aquel tenebroso globo, y anduvo recorriéndolo largo tiempo, hasta que el resplandor de una escasa luz le atrajo hácia el sitio de donde salia. Pudo entonces descubrir á lo léjos un magnífico edificio que en anchurosa graderia se alzaba hasta la muralla del cielo, y al terminar aquella, una construccion más suntuosa aún, semejante á la puerta de régio alcázar, coronada con un frontispicio de diamante y oro. Brillantes perlas orientales adornaban el pórtico, que ni pincel humano ni modelo alguno acertarian á

(1) Joven griego, tan apasionado de la doctrina de Platon acerca de la inmortalidad, que se arrojó al mar con la esperanza de conseguirla.

(2) Los Carmelitas, los Dominicos y los Franciscanos.

(3) Reminiscencias de la antigua astronomía, adoptada por Ptolomeo. Los *siete planetas* son el sistema planetario ó solar; las *estrellas fijas*, el firmamento; la *esfera cristalina*, el cielo, claro como el cristal, al que los secuaces de Ptolomeo atribuyen un movimiento de trepidacion que explica la irregularidad con que se mueven algunas estrellas; y la esfera superior ó primer motor (*primum mobile*) primera que adquiere movimiento y lo comunica á las esferas inferiores.

imitar en la tierra; sus escalones eran como aquellos por donde vió Jacob subir y bajar á las celestiales cohortes de los ángeles, cuando huyendo de Esaú, camino de Padan-Aram, y entregado de noche al sueño en los campos de Luza, bajo el estrellado firmamento, exclamó al despertar: «¡Esa es la puerta del cielo!»

Cada uno de aquellos escalones contenía un misterio, mas no siempre estaba allí fija la escala, que á veces se ocultaba en el cielo y se hacía invisible. Fluía por debajo de ella un mar brillante de jaspe y de perlas líquidas, que surcaban los que habían subido de la tierra en alas de los ángeles, ó arrebatados en un carro por corceles de raudo fuego. Mostrábase entónces la escala en toda su extension, ya para alucinar al Enemigo con la facilidad de la subida, ya para acrecentarle la pena con que había de verse excluido de la mansion bienaventurada.

En frente de aquellas puertas, y precisamente encima de la risueña morada del Paraiso, abriase un camino que conducía á la tierra, camino mucho más ancho que fué en los venideros tiempos el espacioso que llegaba hasta el monte Sion y la Tierra prometida, predilecta del Señor. Recorrian incesantemente aquel camino los ángeles que comunicaban las órdenes supremas á las dichosas tribus, y el Altísimo dirigía miradas bondadosas á las que habitaban desde Panéas, manantial de las aguas del Jordan, hasta Bersabé, donde la Tierra Santa confina con el Egipto y las playas de la Arabia. Tan vasto era aquel camino, que sus límites se perdían en las tinieblas, como las profundidades del Océano. Desde allí, llegado que hubo al escalon inferior de las gradas de oro que conducen á la puerta del cielo, Satan inclinó su vista, y quedó maravillado al descubrir repentinamente todo aquel mundo. Como el espía que caminando toda la noche por peligrosos y desiertos sitios, llega por fin, al despuntar la risueña aurora, á la cumbre de empinada altura, y ve de pronto la agradable perspectiva de tierra extraña, que con asombro contempla por primera vez, ó de metrópoli famosa, embellecida con pirámides y brillantes torres que iluminan los dorados rayos del sol naciente; así el espíritu maligno quedó embargado de asombro, aún con haber visto en otro tiempo las maravillas del cielo; mas el aspecto de aquel mundo que tan hermoso parecía, todavía le inspiró mayor envidia que admiración.

Dominando desde aquella elevación la inmensa sombra de la noche, recorrió con la vista desde el punto oriental de la Libra hasta el signo que toma el nombre del animal que condujo á Andrómeda más allá del horizonte del mar Atlántico.

Vió luego la extension que media entre los dos polos, y sin más detención, dirigió el raudo vuelo hácia la primera region del mundo, y fácilmente torció el rumbo á través del puro y marmóreo aire, entre innumerables estrellas que brillaban desde lejos como astros, pero que de cerca parecían otros tantos mundos; y lo serán acaso, ó bien islas afortunadas como los jardines de las Hespérides, tan celebrados en la antigüedad. Campos de bienandanza, bosques y valles floridos, islas tres veces felices, ¿quién tenía la dicha de habitaros? Satan no se detuvo á averiguarlo.

Atrae sobre todo sus miradas el áureo sol, resplandeciente como el Empireo, y hácia él dirige su vuelo atravesando el sereno firmamento; pero en qué dirección y hasta qué punto se apartó más ó ménos del centro, difícil es discurrirlo: encaminóse á la region desde donde el fulgente astro comunica su luz á las vulgares constelaciones que se mantienen á distancia proporcionada, y que en su sucesiva evolucion regulan el cómputo de los días, los meses y los años, ya acercándose en sus varios movimientos al astro vivificante, ya suspendiéndolos en virtud de la influencia de sus magnéticos rayos, que templan con dulce calor el universo, y, aunque invisibles, penetran con benigna eficacia en todas partes, hasta en lo más profundo de los abismos: tan maravillosamente está situado. Detúvose allí el Impio; y acaso ningun astrónomo descubrió jamás con el auxilio de su cristal óptico semejante mancha en el disco del astro luminoso.

Parecióle aquel lugar á Satanás espléndido sobre todo encarecimiento, superior á cuanto como metal ó piedra puede existir en la tierra. No eran todas sus partes semejantes entre sí, pero en todas penetraba por igual una luz radiante, como penetra el fuego el interior del hierro. Si eran metales, una parte parecía oro, y la otra plata finísima; si piedras, debían componerse de carbunclos ó crisólitos, rubies ó topacios, semejantes á las doce que brillaban en el pecho de Aaron, ó á aquella más imaginada que conocida, que los filósofos de este mundo han buscado tanto tiempo inútilmente, aunque con su arte poderoso hayan sujetado al volátil Hérmes y extraído del mar bajo sus diferentes formas al antiguo Proteo, hasta reducirle por medio del alambique á la primitiva.

¿Cómo pues maravillarse de que aquellos campos y regiones exhales elixir tan puro, y de que corra el oro potable por los ríos, cuando á pesar de la distancia á que se halla de nosotros, á su solo contacto produce el sol, incomparable alquimista, en medio de la oscuridad y combinando entre sí las sustancias terrestres, riquezas tales, de colores tan vivos y de efectos tan extraordinarios?